

sino para una sola batalla. El duque de Enghien venció en Cerisola gracias á la caballería de Termes y á los suizos (14 de Abril de 1544). El marqués de Guast, herido, apeló á la fuga. Aquel brillante triunfo era como una renovación de Marignán al fin del reinado, pero no restituyó el Milanesado á Francisco I ni evitó que Enrique VIII sitiara á Bolonia y Montreuil, ni detuvo á Carlos V en el camino de París. El emperador y el rey de Inglaterra se habían concertado para marchar contra la capital, donde debían repartirse á Francia: únicamente Carlos V penetró en el reino. Después de apoderarse de Saint-Dizier, á pesar de su heroica defensa, sorprendió á Epernay y Château-Thierry. Como no podía mantener á su ejército, firmó con Francisco I la paz de Crespy, cuyo artículo principal era un proyecto de cesión del Milanesado ó de los Países Bajos al duque de Orleans, hijo menor de Francisco I, siempre que éste se casara con una hija ó sobrina del emperador (18 de Septiembre de 1544). El duque de Orleans murió al poco tiempo, sin que Carlos V volviera á amenazar á Francia.

Enrique VIII conquistó á Bolonia antes que Francisco I pudiera socorrerla, pero no pasaron de ahí los triunfos de los ingleses. Pronto se vieron bloqueados en su conquista, como lo estaban en el pequeño territorio de Calais. Francia intentó atacar á sus enemigos en su país. El almirante Annebaud guió una escuadra hasta la isla de Wight, que asoló. Enrique VIII invadió entonces á Escocia, que era el verdadero premio de la lucha. Los dos reyes de Francia é Inglaterra se obstinaban en combatir. Su reconciliación apenas precedió á su muerte. Por el tratado de Ardres, Enrique VIII prometió devolver á Bolonia al cabo de ocho años, mediante el pago de 800.000 ducados de oro (29 de Enero de 1546). Francisco I, vencido por las emociones de la última campaña, murió el 31 de Marzo de 1547. Pocos



El mariscal Montmorency

hombres, dice Marino Cavalli, «habrían podido resistir tantos contratiempos y obstáculos inesperados». Los peligros y destrozos de la invasión habían ensombrecido su alegría y quebrantado su vigor, constituido en parte por indiferente ligereza.

IV.—Guerras de Enrique II

ADVENIMIENTO DE ENRIQUE II: ESTADO DE ITALIA.—Enrique II era el segundo hijo de Francisco I; primeramente había llevado el título de duque de Orleans, y luego fué delfín, al morir en 1537 su hermano mayor, con quien estuvo cuatro años en España como rehenes del tratado de Madrid. Quizá el cautiverio tornó su humor sombrío y taciturno. Su entendimiento lento y mediano era menos sensible que el de su padre al encanto de las letras y las artes y á las magnificencias de la representación cortesana. Siempre vivió enamorado de Diana de Poitiers, viuda del gran senescal de Normandía, que contaba veinte años más que él, y que no le cautivaba tanto por su belleza severa como por la superioridad de su inteligencia. Diana de Poitiers inspiró muchas veces la política de su rei-

nado. Enrique II, robusto y diestro para los ejercicios militares, era amante de la guerra, en la cual se mostraba implacable, como imitador de Montmorency, que era el capitán á quien más estimaba. Así apresuró á llevarle á su lado, llamándole compadre, y haciendo de él en cierto modo su primer ministro. Entretanto elevábase la casa de Guisa; los hijos de Claudio, Francisco y Carlos, cardenal de Lorena, trataban de compartir la autoridad soberana; varias veces influyeron sobre el ánimo del rey, lisonjeando su deseo de «tener un apeadero en Italia». De tal influjo surgieron todas las expediciones francesas que reinando Enrique II penetraron en Italia.

No obstante, es fuerza reconocer que en

las guerras de aquel reinado, las campañas de Italia fueron cada vez más simplemente accidentales; el principal esfuerzo de Francia se dirigió hacia la frontera del Norte, donde se podían hacer todavía adquisiciones muy útiles. Acaso la ambición del rey y las intrigas de los Guisas no habrían logrado encender las guerras de Italia, de día en día más lánguidas, si los papas y los príncipes italianos no hubieran pedido dos veces á Enrique II que defendiera la causa de su independencia.

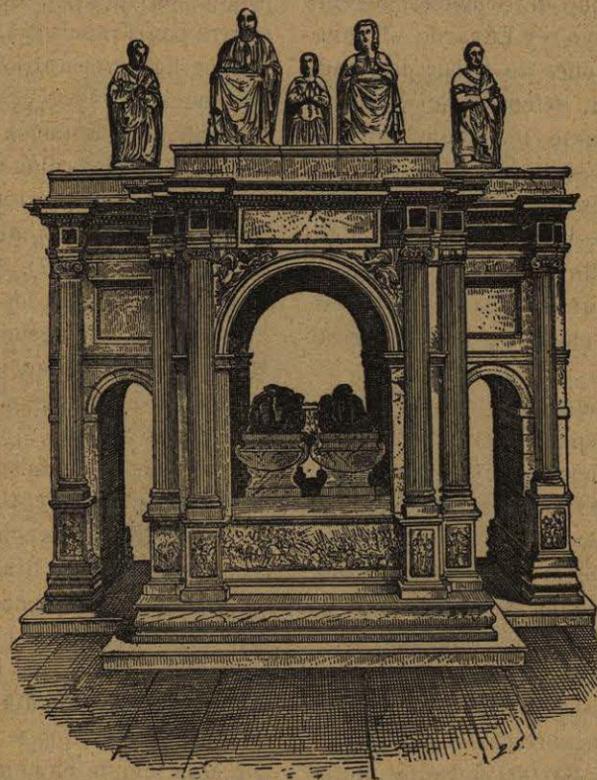
El papa Pablo III, que había empleado hasta entonces todo su poder en pacificar la contienda entre Francia y Carlos V, fué el primero en suplicar á Enrique II que reanudase la guerra. Antes de ordenarse, Pablo III había tenido un hijo llamado Pedro Luis Farnesio; después de su elevación al pontificado le otorgó el principado de Parma y Piacenza, separándolo

de los Estados de la Iglesia. Pedro Luis Farnesio pereció víctima de una conspiración, y los imperiales ocuparon su principado (Septiembre de 1547). Inmediatamente Pablo III quiso vengarse de Carlos V, á quien acusaba de complicidad en el asesinato de su hijo. Al encono personal del papa se sumó un grave disentiimiento religioso. El emperador pretendió que se reuniera de nuevo en Trento el concilio general que Pablo III había trasladado á Bolonia, y ante la negativa de la curia romana redactó el *Interim* de Augsburgo, símbolo de fe ambiguo, mediante el cual confiaba establecer un acuerdo aparente entre católicos y protes-

tantes, pero no hizo más que indignar á los fieles sinceros de ambas religiones. Enrique II contestó á las invocaciones del papa entablando negociaciones con todas las pequeñas potencias de Italia, y haciendo un viaje al Piamonte con un imponente séquito militar.

EL MUNICIPIO DE BURDEOS.—La noticia de una insurrección desvió de Italia la atención de la corte. Francisco I había aumentado las gabelas en las provincias de Saintonge y de Guyena. Aquel rey ya había tropezado con una resistencia, que se reprodujo con mayor encarnizamiento al ocupar Enrique II el trono. La plebe de Saintonge formó un concejo y nombró un jefe, cuyas hazañas consistieron sobre todo en acabar de manera inhumana con los desdichados agentes de la recaudación. El populacho de Burdeos nombró también un municipio, y el asesinato

de Monneins, lugarteniente real de Guyena, fué la señal de un verdadero terror ejercido por los pobres contra los ricos (Agosto de 1548). No obstante, el parlamento de Burdeos logró recobrar la autoridad en la población, y cuando el rey supo la rebelión los magistrados ya habían restablecido el orden. Sin embargo, el rey encargó á Francisco de Guisa y á Montmorency que combatieran y sofocaran la insurrección. Los bordeleses contestaron á tales amenazas sometiéndose. El condestable acogió á sus delegados «con buenas y suaves palabras», pero consintió que entraran en la ciudad diez consejeros del parlamento de Aix, que



Tumba de Francisco I en la abadía de San Dionisio

sustituyeron al parlamento de Burdeos para juzgar á los amotinados, y condenaron á muerte á 150. Entre los ejecutados se encontraba un *jurat* del concejo llamado Lestonnac, que había entablado relaciones con los ingleses, aceptando dinero de ellos para defender la causa de la insurrección.

GUERRA CONTRA INGLATERRA.—Quizá esta circunstancia reveló á Enrique II que el primer enemigo á quien debía combatir era Inglaterra. El duque de Somerset, regente en nombre del nuevo rey Eduardo VI, invadió á Escocia después de haber derrotado á Jacobo Hamilton, defensor de este reino, en la batalla de Pinkie (10 de Septiembre de 1547). Los ingleses se disponían á apoderarse de la niña María Estuardo para casarla con el rey, pero los franceses se les adelantaron y d'Essé la llevó á Francia. Aunque apenas tenía ocho años, se la declaró inmediatamente novia oficial del delfín (Agosto de 1548).

La toma de Bolonia por Enrique VIII fué el último y más sensible revés sufrido por Francisco I. Montmorency quiso remediarlo lo antes posible, avanzando resueltamente contra Bolonia, pero demasiado fiel á su acostumbrado sistema de contemporizar, licenció á una parte del ejército después de sus primeros triunfos. Afortunadamente, la victoria de una escuadra francesa cerca de la isla de Guernesey facilitó la paz entre ambos reinos. Francia rescató á Bolonia mediante el pago de 400.000 ducados, mitad del precio estipulado por Enrique VIII en el tratado de Ardres. Una doble embajada, del mariscal de Saint-André por Francia y del marqués de Northampton por Inglaterra, cimentó la reciente amistad—muy sincera mientras vivió Eduardo VI—entre ambos países. Escocia también logró algunos años de reposo (1550).

ALIANZA CON LOS PROTESTANTES DE ALEMANIA.—En Italia, Francia aceptó la misión de asegurar la posesión de Parma y Piacenza á Octavio Farnesio, sobrino de Pablo III. El magnífico ejército mandado hábilmente por Brissac en el Piamonte, y las galeras reales reforzadas con el auxilio de los turcos, bastaban para representar á Francia en la Península.

Enrique II hallábase resuelto á presentarse en un teatro de la guerra nuevo para un rey de Francia, á orillas del Mosela y del Rhin, porque creía con razón que el poderío del emperador era más vulnerable en Alemania que en otra cualquier comarca de su dominio. Las intrigas de los príncipes protestantes de la Liga de Smalkalda, sus incessantes revueltas desde la muerte de Francisco I, le ilustraban acerca del verdadero estado del imperio. Después de su última guerra con Francisco I, el emperador parecía consagrado en absoluto á la pacificación de Alemania. Poco le faltó entonces para reprimir toda agitación política y religiosa. Gracias á la defección de Mauricio de Sajonia, acababa de derrotar en Mühlberg al elector de Sajonia y al ejército protestante (24 de abril de 1547). Esta victoria pareció poner á Alemania á los pies del emperador. En la dieta de Augsburgo intentó imponer al imperio la unidad en la justicia, en el ejército, y hasta por el *Interim* en la religión (Mayo de 1548).

Pero ya en aquel mismo año algunos príncipes protestantes de Alemania habían entablado negociaciones con el monarca francés. Juan y Alberto de Brandeburgo, príncipes de la casa de Hohenzollern, sirvieron de mediadores entre él y los alemanes ambiciosos ó descontentos. Las negociaciones fueron muy lentas hasta el día en que los reformistas, que al principio se mostraron rigurosos con Mauricio de Sajonia, convencidos al fin y al cabo de que no podrían hacer nada sin él, se decidieron á aceptar su ayuda. Federico de Reiffenberg, jefe de lansquenets, marchó á Francia para pedir á Enrique II subsidios con los cuales ayudar á los príncipes á defenderse contra el emperador. Juan de Fresne, obispo de Bayona, enviado de Enrique II, determinó en Lochau las cláusulas esenciales de la alianza. Para no herir los escrúpulos católicos del rey, los príncipes prometieron no perseguir á nadie por motivos religiosos y no apropiarse los bienes extranjeros (léase *de la Iglesia*). En Chambord se acordaron las últimas estipulaciones (15 de Enero de 1552), firmándose el tratado definitivo entre Mauricio de Sajonia y el obispo de Bayona, Friedwald, en Hesse

(14 de Febrero). El rey tomaba á su cargo los gastos de la guerra, comprometiéndose á dar mensualmente 60.000 thalers. En cambio, «se ha considerado equitativo que el rey se poseione lo antes posible de las ciudades que en todo tiempo han pertenecido al emperador, aunque en ellas no se use la lengua alemana, es decir: de Cambray, de Toul (Lorena), de Metz y de Verdún; el rey las podrá conservar como vicario del imperio». Este artículo del tratado de Friedwald es como la constitución que enunciaba los derechos naturales é imprescriptibles de Francia sobre toda la Lorena francesa.

El 12 de Febrero, en solemne sesión celebrada aparatosamente en el Parlamento, Montmorency pronunció contra el emperador una larga requisitoria; aquélla fué la declaración de guerra de Enrique II contra Carlos V.

ANEXIÓN DE LOS TRES OBISPADOS.—Enrique II pasó el Mosa en Abril de 1552, guarneciendo las ciudades de Toul y Verdún, cuya ocupación habían preparado los servidores de los Guisa. Los franceses encontraron alguna resistencia al aproximarse á Metz, y en Gorse se libró una escaramuza. La alta burguesía y el patriciado de Metz eran favorables al emperador, y el pueblo bajo, por oposición, adoptó el partido contrario. Una artimaña de Montmorency acabó de poner á la ciudad á discreción del rey. Autorizado á entrar en Metz á la cabeza de dos grupos, dividió toda su infantería en dos columnas y la internó en la ciudad. Enrique II atravesó á Lorena sin preocuparse de su neutralidad, obligándole al duque, que era menor, á rendirle pleito homenaje. En Alsacia encontró más resistencia. Estrasburgo burló las astucias de Montmorency, y no consintió en recibir en su recinto más que á cuarenta

caballeros como escolta del rey. Enrique II prolongó sin resultado hasta Wisemburgo la primera cabalgada dirigida por un rey de Francia en el valle del Rhin. Al regreso de aquel *viaje de Austrasia*, como se le llamaba en la corte, algunas ciudades conquistadas en el Luxemburgo acrecentaron el dominio de los Tres Obispados (Julio de 1552).

Entre tanto, Mauricio de Sajonia, al parecer ocupado únicamente en servir al emperador, sitiaba en la ciudad rebelde de Magdeburgo á los protestantes más fogosos. De

pronto se quitó la máscara, y reconciliándose con ellos lanzó tres ejércitos protestantes sobre el Tirol. El emperador huyó de Inspruck atravesando los Alpes, para refugiarse en los estados de su hermano Fernando. Éste ejerció cerca de los príncipes protestantes una verdadera mediación, que finó con el tratado de Passau (Agosto de 1552). Los alemanes reuniéronse entonces en torno del emperador para recobrar de Francia los Tres Obispados. Desde Octubre de 1552 has-

ta Enero de 1553, un ejército de 60.000 hombres, mandado por Carlos V y el duque de Alba, sitió á Metz. Francisco de Guisa, con 10.000 hombres de guarnición y una brillante nobleza, prolongó su resistencia hasta que las escarchas destruyeron medio ejército imperial. Cuando Carlos V levantó el sitio y ordenó la retirada entre la nieve y el barro, los enfermos y los heridos de su campo fueron asistidos por los sitiados. Metz había estrechado su unión con Francia con el entusiasta concurso prestado por sus habitantes á tan gloriosa defensa. La habilidad del primer gobernador francés Vieilleville acabó de disipar las prevenciones ó añoranzas de los patriotas de Metz.

Algunos meses más tarde, el emperador



Retrato de Enrique II, atribuido á Clouet (Louvre)

volvió á ponerse en campaña, tomando y arrasando las plazas fuertes de Théroanne y Hesdin. Théroanne no fué reedificada (1553). Después, para encerrar más á Francia en un círculo de enemigos, casó á su hijo Felipe con María Tudor, reina de Inglaterra (1554).

TREGUA DE VAUCELLES.—En 1553 y 1554, los franceses emprendieron dos campañas cuyo objetivo era apoderarse de Bruselas. Fracasaron, pero asolaron cruelmente la frontera de los Países Bajos. Enrique II dispuso la destrucción del castillo que la gobernadora María de Hungría había mandado construir con el nombre de Marimont, y que era una de las obras más hermosas del Renacimiento en Flandes. Semejante acto de vandalismo, cometido por un Valois, causó asombro, y Granvela dijo al comunicarlo: «Su padre no lo habría hecho.» Al volver de aquella campaña, el duque de Guisa logró una ligera ventaja sobre el emperador en Renty (Artois). En Italia, Monluc abandonó la ciudad de Sena, después de larga resistencia, y con todos los honores de la guerra (1555). Las galeras del barón de La Garde y la escuadra turca conquistaron gran parte de Córcega.

Languidecía la guerra; algunos plenipotenciarios se reunieron en Vaucelles, cerca de Cambray, para canjear los prisioneros, que por ambas partes eran numerosos é importantes. Montmorency dirigió aquellas conferencias representado por su sobrino Coligny, consiguiendo fácilmente transformarlas en una especie de congreso pacífico. El 5 de Febrero de 1556 se firmó la tregua de Vaucelles, dejando á Francia en posesión de todas sus conquistas, desde Metz hasta Córcega.

Tal acuerdo, resultante de una reconciliación sincera entre el rey y el emperador,

podía ser el fundamento de una paz duradera y muy ventajosa para Francia. Desgraciadamente, los Guisas proseguían en Italia una negociación muy diferente con el papa Pablo IV, recientemente elegido (Mayo de 1555), y conocido por su hostilidad contra los españoles. La Santa Sede debía atraer por segunda vez á Italia á Enrique II para servir los intereses del nepotismo.

ABDICACIÓN DE CARLOS V.—El emperador había envejecido pronto, así física como moralmente. Cuando podía creerse dueño del mundo, en el tiempo de su gloriosa cruzada á Túnez, conversó con la emperatriz Isabel de Portugal acerca de su piadosa indiferencia por las grandezas, y ambos resolvieron consagrar al retiro sus últimos años para obtener la salvación de sus almas. Cuatro años después (1539), la muerte de su amada esposa confirmó aquellos proyectos en el espíritu de Carlos V, exaltando su devoción. No satisfecho con oír diariamente varias misas, encerrábase horas enteras en una habitación tapizada de



Enrique II (De un grabado antiguo)

negro y alumbrada por siete candelabros, y rezaba de rodillas ó con los brazos en cruz. No obstante, la abdicación de Carlos V no se debió exclusivamente á su sentimiento religioso. Las decepciones y los fracasos de su política y sus achaques movieronle intensamente á adoptar semejante resolución. Hacía muchos años que la gota no le permitía viajar más que en litera. Cuando emprendió su segunda campaña contra los protestantes de Alemania, aquel esfuerzo excesivo le acarreó una enfermedad de un año. Su hijo Felipe contaba entonces 21 años, y lo llamó á su lado á Flandes, haciéndole atravesar Francia y Alemania. El joven príncipe invirtió cerca de un año en aquel viaje (1548-1549), recogiendo los triunfos y las aclamaciones que se dirigían prin-

cialmente á su padre, pues él solía ser poco simpático. Su severa frialdad disgustaba á los alemanes. Así, cuando Carlos V quiso establecer una especie de sucesión alternativa en su familia para que el imperio recayera en su hijo después de la muerte de su hermano Fernando, éste le opuso viva resistencia. Al mismo tiempo, la osada invasión de Mauricio de Sajonia en el Tirol y la afortunada defensa de Metz por Francisco de Guisa, hicieron comprender al emperador que la «fortuna no protege más que á los jóvenes». Aquellos acontecimientos le demostraron también la fragilidad de su dominación universal. Desde entonces tomó su resolución, pero aguardó la hora de poder abandonar dignamente el trono, después de haber restablecido el orden en Alemania y la paz en Europa.

Otorgó la tolerancia religiosa á los príncipes alemanes por la paz acordada en la dieta de Augsburgo (26 de Septiembre de 1555), persiguiendo á la vez la reconciliación con Francia. Quiso terminar su reinado como lo había empezado. Reunidos los Estados de las diez y siete provincias de los Países Bajos en Bruselas, el 25 de Octubre de 1555, Carlos V anunció que estaba cansado y deseoso de «despojarse de todo», y confió á su hijo Felipe los países de la herencia de Borgoña, España y las dependencias de Italia. Fernando, rey de los romanos, ciñó la corona imperial de Alemania por una abdicación semejante que le comunicaron los mensajeros de su hermano (1556).

Carlos V regresó lentamente á España mientras edificaban para él un pabellón en el monasterio de Yuste, al cual quería retirarse definitivamente. Cruzando los desfiladeros de las montañas á cuyo través se llegaba á aquel lejano rincón de Extremadura, dijo: «Ya no atravesaré más paso que el de

la muerte.» Vivió dos años más llevando la existencia de un soberano, hasta que murió el 21 de Septiembre de 1558.

BATALLA DE SAN QUINTÍN.—De las dos monarquías austriacas separadas por la abdicación de Carlos V, sólo una estaba dispuesta á luchar contra Francia. España, dueña de los Países Bajos y de una gran parte de Italia, comprometía también en la guerra á Inglaterra, momentáneamente enlazada con su política por la unión de María Tudor con Felipe II. El rey de Francia, cegado por los consejos de Pablo IV, provocó un conflicto en que nada podía ganar. Ya

había recibido con honores al cardenal Carlos Caraffa, sobrino de Pablo IV, y este enviado pontificio se había atrevido en Francia á insultar al embajador de Carlos V. Como la actitud de la Santa Sede no cambió al advenimiento de Felipe II, éste movilizó sus huestes en Italia. Confióse al duque de Guisa el ejército más numeroso de Enrique II para servir en Italia á la causa del papa. Ahora bien; la misión que



Diana de Poitiers (Según el retrato de Belliard)

en realidad le encargó Enrique II, fué la de conquistar el reino de Nápoles. Francia rompió así la tregua de Vaucelles á principios de 1557. Guisa no pudo acercarse á Nápoles, pues el duque de Alba le arrojó á los Estados romanos, donde le sorprendió bien pronto la reconciliación de Pablo IV con los españoles. Ya volvía á Francia, cuando ésta, privada de su ejército más aguerrido, fué víctima de una derrota irremediable.

El rey de España había sitiado á San Quintín, donde se refugiara Coligny con escasa guarnición. El condestable de Montmorency quiso abastecer la plaza, librando el 10 de Agosto de 1557 una batalla que prolongó para dar tiempo á que llegase el convoy, que se encontraba muy lejos. Fué derrotado completamente, dispersado su ejército, y el mismo condestable, gravemente herido,



Coraza de Enrique II

cayó prisionero de los españoles. San Quintín se rindió diez y siete días después; su resistencia fué suficientemente larga para cansar al enemigo y librar á París de la invasión.

RECONQUISTA DE CALAIS; TRATADO DE CATEAU-CAMBRÉSIS.—El duque de Guisa, llegado demasiado tarde para transformar la suerte de la guerra, pudo al menos realzar la reputación militar de Francia. En ocho días se apoderó de Calais (8 de Enero de 1558) y borró la última huella de los descalabros sufridos durante la guerra de los Cien Años. Esta ventaja no podía reportar á Francia una paz gloriosa, porque dos años de guerra habían comprometido los triunfos de todo un reinado. Enrique II accedió, pues, á concertar un pacto, entablándose á este efecto largas negociaciones en Cercamp, cerca de Doullens. Estas conferencias, llevadas á cabo después en Cateau-Cambrésis, finaron con la paz (3 de Abril de 1559). La muerte de María Tudor, acaecida durante el curso de las negociaciones, facilitó el arreglo de la cuestión de Calais. Isabel, nueva reina de Inglaterra, podía temer que la corte de Francia, discutiendo su legitimidad, defendiera los derechos de María Estuardo. Para evitar tan peligrosa competencia, abandonó á Calais mediante el pago de 500.000 coronas. Fernando I, emperador de Alemania, no reclamó los Tres Obispados. En cambio, los españoles no hicieron ninguna concesión; restablecieron en sus Estados al duque de Saboya, no dejando á los franceses en Italia más que cuatro fortalezas y el marquesado de Saluzzo, y negaron toda indemnización al rey de Navarra, aliado de Francia. Urgía á Enrique II firmar la paz y casar á su hija y á su hermana: á la princesa Isabel con Felipe II, viudo de la reina de Inglaterra, y la prince-

sa Margarita con el duque de Saboya. Durante las fiestas celebradas con motivo de estos casamientos, intervino en un torneo, siendo mortalmente herido por una astilla de la lanza de Montgomery, capitán de sus guardias; la astilla se clavó en un ojo del rey, perforándole el cerebro. Enrique II falleció diez días después (10 de Julio de 1559).

CONCLUSIÓN.—Cuarenta años de rivalidad declarada y de guerras entre Francia y la casa de Austria, habían establecido sobre Europa, á falta del imperio universal ambicionado por Carlos V, la preponderancia de España, consagrada por el tratado de Cateau-Cambrésis.

Esencialmente militar al principio, limitada, digámoslo así, al territorio de Italia y casi circunscrita á los campos de batalla entre los dos capitanes que se disputaban la gloria de Marignán, Francisco I y su rebelde condestable, la lucha tornóse más diplomática y más europea á medida que Francia sintió menguar sus fuerzas. Á los contingentes que Carlos V sacaba sucesivamente de sus diferentes Estados, Francisco I oponía alianzas cada vez más variadas y ligas cada vez más extensas. Después de haber dejado sucumbir por una culpable negligencia la coalición de las naciones en 1526, Francisco I esforzóse en la segunda parte de su reinado por reconstituir contra Carlos V la coalición de los soberanos. Pero los intereses de los príncipes egoístas, caprichosos y volubles, desconcertaron frecuentemente á la diplomacia francesa, que variando también á voluntad de las influencias é intrigas de la corte de Francia, se mostró demasiado dispuesta á abandonar la defensa de la libertad de Europa para captarse la benevolencia de Carlos V y para solicitar de él satisfacciones incompletas ó falaces. El re-



Espada de Enrique II (Museo de Artillería de París)

sultado de tales debilidades é incertidumbres se vió en los últimos años de la vida de Francisco I, cuando el enemigo avanzó más que nunca en el corazón de Francia. Sin embargo, durante aquel reinado se realizaron importantes progresos. Francia había demostrado su invencible resistencia á todo intento de desmembramiento. La preocupación del equilibrio europeo se impuso á los hombres políticos de las diferentes naciones.

Reinando Enrique II se llevó á cabo una transformación más provechosa en las orien-

taciones de la diplomacia y en las costumbres de los guerreros franceses. Con la anexión de los Tres Obispados y de Calais, Francia empezó á extenderse por las provincias que naturalmente la completaban. Anunció su voluntad de ensanchar las fronteras de la patria tan lejos como las fronteras de la raza. Poco á poco retiró de Lombardía á sus soldados para llevarlos al Rhin y á Flandes. De esta suerte, las grandes luchas europeas dejaron de ser guerras de Italia para convertirse en guerras de Alemania.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS.—RECOPIACIONES FRANCE-
SAS.—*Archives curieuses*, de CIMBER Y DANJOU (1.ª serie, t. II á VIII).—MARGUERITE D'ANGOU-
LÈME, *Lettres* (1521-1559), edic. Génin, París, 1841, en 8.º, y *Nouvelles lettres*, edic. Génin, París, 1842, en 8.º (*Société de l'histoire de France*).—A. CHAMPOLLION, *Poésies de François Ier, Louise de Savoie. Lettres de Diane de Poitiers* (la duquesa de Châteaubriant) á *François Ier*, París, 1847, en 4.º.—FRANÇOIS IER, *Lettre à sa mère après Pavie* (1525), Merlet, Chartres, 1858, en 8.º.—CHAMPOLLION FIGEAC, *Captivité du roi François Ier*, París, 1847 (*Collection des Documents inédits*).—RIBIER, *Lettres et mémoires d'Élat des rois, princes et ambassadeurs sous les règnes de François Ier, Henri II*, París, 1666, 2 vol. en folio.—LE GLAY, *Négociations entre la France et la maison d'Autriche* (1501-1530), París, 1845, 2 vol. en 4.º (*Collection des Documents inédits*).—DESJARDINS, *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane, siglos XIV al XVI*, París, 1859-1875, 5 vol. en 4.º (*ibidem*).—J. KAULEK, *Correspondance politique de MM. de Castillon et de Marillac, ambassadeurs de France en Angleterre* (1537-1542), París, 1885, en 8.º.—TULET, *Relations politiques de la France et de l'Espagne avec l'Ecosse au XVI^e siècle*, Burdeos y París, 1862, en 8.º.

OTRAS RECOPIACIONES.—*Correspondenz des Kaisers Karl V*, edic. LANZ, Léipzig, 1844-1846, 3 vol. en 8.º.—*Staatspapiere zur Geschichte Kaiser Karls V*, edic. LANZ, Stuttgart, 1845.—*Actenstücke zur Geschichte Kaiser Karls V*, edición LANZ, Stuttgart, 1853.—*Commentaires de Charles-Quint*, publicados por KERWYN DE LETTENHOVE, Bruselas, 1862.—CH. WEISS, *Papiers d'Etat du cardinal Granvelle*, París, 1841-1852, 9 vol. en 8.º (*Collection des Documents inédits*).—*Correspondance de Charles-Quint et d'Adrien VI*,

edic. Gachard, Bruselas, 1859, en 8.º.—GACHARD, *Retraite et mort de Charles-Quint*, Bruselas, 1855, 3 vol. en 8.º.—*Correspondence of Charles V and his ambassadors in England and France*, edición BRADFORD, Londres, 1850, en 8.º.—BERGENROTH and D. PASCUAL DE GAYANGOS, *Calendar of letters, despaches and state papers relating to the negotiations between England and Spain, preserved in the archives at Simancas*, vol. II, IV, Londres, 1688-1880, en 8.º.—BREWER, *Letters and papers foreign and domestic of the reign of Henry VIII.—Relations des ambassadeurs vénitiens*, traducción TOMMASEO, París, 1838, 2 volúmenes en 4.º (*Collection des Documents inédits*).

MEMORIAS Y CRÓNICAS.—OBRAS FRANCE-
SAS.—*Chronique du roy François Ier* (1515-1542), edic. G. GUIFFREY, París, 1868, en 8.º.—G. PARADIN, *Histoire de notre temps* (1515-1546), Lyon, 1558, en 8.º.—ARNOULD LE FERRON, *Pauli Æmiliii historice continuatio usque ad annum 1547*, París, 1550, en folio.—BELCARIUS (Fr. Beaucaire), *Historia Gallica ab anno 1461 ad annum 1580*, Lyon, 1625, en folio.—*Journal d'un bourgeois de Paris* (1515-1536), edic. LALANNE, París, 1854, en 8.º (*Soc. hist. de France*).—MARTIN et GUILLAUME DU BELLAY, *Mémoires* (1513-1552), coll. Michaud et Poujoulat.—*Journal de LOUISE DE SAVOIE* (1476-1522), coll. Michaud et Poujoulat, t. V.—BRANTÔME, *Œuvres complètes*, edic. LALANNE, París, 1864-1882, 11 vol. en 8.º (*Soc. hist. de France*).—J. DE THOU, *Mémoires* (1553-1601).—G. DE MARILLAC, *Vie du connétable de Bourbon.—Mémoires de FLEURANGES, de TAVANNES, de FRANÇOIS DE GUISE.—Commentaires de BLAISE DE MONLUC, de FR. DE RABUTIN, etc.*

OTRAS OBRAS.—PAUL JOVE, *Historiarum sui temporis libri XIV* (1494-1547), trad. DENIS SAUVAGE, París, 1581, en folio.—SANDOVAL, *Histo-*

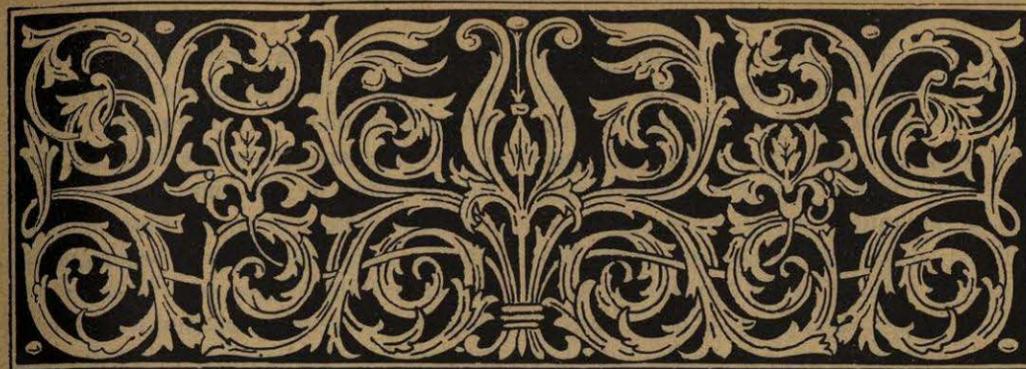
BIBLIOTECA ALFONSO XIII
UNIVERSITARIA

ria de la vida y hechos del Emperador Carlos V, Valladolid, 1604.—J. G. SEPÚLVEDA, *De rebus gestis Caroli Imperatoris libri XV*, Madrid, 1784. *De republica, vita, moribus, gestis, fama, etcétera, imperatoris Caesaris Augusti Caroli quinti*, autor Guillelmo ZENOCARO A SCAUVENBURGO... libro III, Gante, 1559.—STRADA, *De bello Belgico*.—PERIZONIUS, *Rerum per Europam maxime gestarum ab ineunte sæculo XVI usque ad Caroli V mortem commentarii*, Leyde, 1710.—SLEIDAN, *De statu religionis et républicæ, Carolo Quinto Cæsare commentarii*, Estrasburgo, 1555.—L. GUICCIARDINI, *Il Sacco di Roma*, Paris, 1644.—GUICHARDIN, *Histoire des guerres d'Italie* (1490-1534), 1.^a edic. italiana, Florencia, 1561.—FR. DITTRICH, *Nuntiatuiberichte Giov. Morones vom deutschen Kœnigshofe (1539-1540)*, Paderborn, 1892.

LIBROS.—P. MATHIEU, *Histoire de France, de François Ier à Louis XIII*—ANT. VARILLAS, *Vies de François Ier et de Henri II* (verdadera novela satírica), Paris, 1683.—GAILLARD, *Histoire de François Ier, roi de France*, Paris, 1769, 8 vol. en 8.^o—MIGNET, *Rivalité de François Ier et de Charles V*, Paris, 2 vol. en 12.^o—Del mismo: *Charles-Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, Paris, 1864.—P. PARIS (edic. G. Paris), *Etudes sur el règne de François Ier*, 2 vol. 1885, en 8.^o—FR. DE CRUE, *Anne, duc de Montmorency, grand maître et connétable de France, à la cour, aux armées et au conseil de François Ier, y Anne de Montmorency, connétable et pair de France sous les rois Henri II, François II et Charles IX*, 2 vol., Paris, 1885-1889, en 8.^o—G. DURUY, *Le cardinal Caraffa, et de Indutiis apud Valcellas*, Paris, 1882, en 8.^o—CH. MAROHAND, *Charles Ier de Cossé, comte de Brissac*, Paris, 1889, en 8.^o, y *Le maréchal François de Scépaux de Vieilleville et ses mémoires*, Paris, 1893.—G. JACQUETON, *La politique extérieure de Louise de Savoie, Relations diplomatiques de la France et de l'Angleterre pendant la captivité de François Ier*, Paris, 1892, en 8.^o—



CH. PAILLARD, *L'invasion allemande en 1544* (publicada por S. Hérelle), Paris, 1884, en 8.^o—ALPH DE RUBLE, *Le traité de Cateau Cambresis*, Paris, 1889, en 8.^o—CH. RALENSBECK, *Metz et Thionville sous Charles-Quint*, Bruselas, 1882, en 8.^o—Marqués de PIMODAN, *La réunion de Toul à la France et les derniers évêques, comtes, souverains*, Paris, 1885.—J. ZELLER, *Italie et Renaissance*, t. II, Paris, 1888.—L. RANKE, *Französische Geschichte XVI, XVII Jahrhundert*, Stuttgart, 1852-61, 5 vol. en 8.^o—Del mismo, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, Berlin, 1839-1840.—Del mismo, *L'Espagne sous Charles V, Philippe II et Philippe III*, trad. G. B. Haiber, 1873, en 8.^o—EBELING, *Sieben Bücher Französische Geschichte*, Léipzig, 1869-1872, 2 vol. en folio.—ROBERTSON, *The history of the reign of the emperor Charles V*, Londres, 1769, trad. Buchon, Paris, 1836, en 8.^o—BUSCH, *Cardinal Wolsey und die englische-kaiserliche Allianz*—BAUMGARTEN, *Karl der Funfte*, t. I y II, Stuttgart, 1885-1887, 2 vol. en 8.^o—GACHARD, *Trois années de l'histoire de Charles V (1543-1546)*, Bruselas, 1865.—Del mismo, *Jeanne la Folle et Charles V*, en el *Bulletin de l'Académie de Belgique*, 1870-1872.—HENNE, *Histoire du règne de Charles Quint en Belgique*.—THÉOD. JUSTE, *Charles-Quint et Marguerite d'Autriche*, Bruselas, 1858.—Del mismo, *Vie de Marie de Hongrie*, Bruselas, 1855, en 8.^o—HOFLEER, *Karls V Wahl zum rœmischen Kœnig*, Viena, 1874.—BUCHHOLTZ, *Geschichte der Regierung Ferdinand des Ersten*, 8 vol., Viena, 1831-1838.—MAURENBRECHER, *Karl V und die Protestanten (1545-1555)*, Düsseldorf, 1865.—G. VOIGT, *Moritz von Sachsen*, Léipzig, 1876.—JOH TREFFTZ, *Kursachsen und Frankreich (1552-1557)*.—J. JANSSEN, *L'Allemagne et la Réforme*, trad. E. Paris, t. I-III, Paris, 1887-1893.—GUY DE LEVA, *Storia Documentata de Carlo V in relazione all'Italia, Venecia y Padua*, 1863 à 1881, 4 vol.—A. VON DRUFFEL, *Kaiser Karl V und die rœmische Curie (1544-1546)*, Munich, 1877.



CAPÍTULO IV

FRANCIA

Transformaciones políticas, administrativas y sociales

DE CARLOS VIII A FINES DE ENRIQUE II

(1492-1559)

I.—El poder real

MONARQUÍA ABSOLUTA.—La historia política, desde 1484 hasta 1559, explica las transformaciones experimentadas en Francia por el gobierno y la sociedad. La realeza era absoluta en el interior y se extendió por el exterior.

Interiormente podía encontrar límites á su poderío en la Iglesia, en el pueblo ó en los grandes. Ahora bien; la iglesia galicana fué siempre adicta á sus reyes, y el Concordato de Francisco I, acto importantísimo, había de estrechar más aquellos lazos. El pueblo dejaba oír su voz en los Estados generales, donde se le invitaba á manifestar su opinión acerca del gobierno, pero aquella gran asamblea nacional no se reunía más que en épocas críticas, cuando los reyes eran menores, y sobre todo cuando hacía falta dinero. El período que estudiamos ahora está comprendido entre los Estados de 1484 y los de 1560. En unos y otros se tra-

taron las cuestiones concernientes á la juventud del príncipe, pero principalmente se arbitraron recursos pecuniarios. El conjunto de los capítulos y algunas voces elocuentes reivindicaban los derechos de la nación. Al discurso de Felipe Pot de la Roche, de 1484, corresponde el de Miguel de L'Hospital, de 1560, notables ambos por su liberalismo. De momento, aquellas peticiones no produjeron ningún efecto. Para lograr el objeto de sus deseos sin exponerse á reclamaciones indiscretas, los reyes convocaban de vez en cuando una asamblea limitada, elegida cuidadosamente entre los grandes, los bailíos, los presidentes de parlamentos y hasta los representantes de las ciudades.

Tal fué, en general, la composición de los *Notables* convocados desde Carlos VIII hasta Francisco II. La sumisión del pueblo al rey era tan rotunda, que los españoles la ridiculizaron con punzantes epigramas.

Antiguamente, la confederación de los grandes era el enemigo más formidable de

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.